

Ensayo

**DE LA POSVERDAD O LA DECONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA
OF POST-TRUTH OR THE DECONSTRUCTION OF HISTORY**

Jair Buelvas Caro¹

y me será permitido poseer la verdad en un alma y un cuerpo
Arthur Rimbaud

Resumen

El término posverdad ha adquirido en las últimas décadas relevancia, porque al ser revisados los hechos históricos y entender que mucho de lo que se conoce como la historia, no son más que narrativas construidas por la conveniencia política y económica de ciertas élites intelectuales que cuentan con el poder social y teórico para deformar u omitir aspectos fundamentales que harían un cambio verdadero en la percepción contemporánea que los individuos tienen de sí mismo de y del pasado. Por otro lado, el influjo de la tecnología y sus comodidades, ha facilitado la propagación de modelos de pensamiento que muchas veces no tienen que ver con lo que la realidad.

Palabras Clave: posverdad, historicidad, manipulación, discurso, academia, realidad.

Abstract

The post-truth ending has acquired relevance in the last decades, because upon reviewing the historical facts and understanding that much of what is known as history are nothing more than narratives constructed by the political and economic convenience of certain intellectual elites that have the social and theoretical power to distort or omit fundamental aspects that would make a real change in the contemporary perception that individuals have of themselves and of the past. On the other hand, the influence of technology and its comforts has facilitated the spread of thought models that often have nothing to do with reality.

Keywords: post-truth, historicity, manipulation, discourse, academia, reality.

¹ Jair Buelvas Caro. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Maestrante en Humanidades Contemporáneas. Universidad de Cartagena. Docente de tiempo completo del Proyecto de Competencias Comunicativas. Coordinador del Club de lectura Bajo Palabra de la CURN.

I

Un concepto que se escucha últimamente en todos lados es el de la posverdad, una y otra vez es utilizado este término para referirse a situaciones que en algunos casos no tienen relación con su significado. El uso constante y ligero de esta palabra puede dar la sensación de que se conocen las implicaciones de esta en la construcción social contemporánea. Se sabe que la repetición de ideas, hábitos y discursos, terminan normalizando elementos de los que al final de la jornada se ignoran las implicaciones. La experiencia de entrar en contacto con un nuevo concepto, es quizás de los acontecimientos más extraordinarios y subvalorados, en el aprendizaje de cualquier individuo. Acceder a una nueva categoría es sumar posibilidades al ejercicio de interpretación del mundo. Cuando un término como el de la Posverdad se piensa y se asimila como una pieza fundamental que hace tambalear nuestras concepciones de la historia, no se debe tomar a la ligera la pieza de un armazón conceptual tan complejo cómo es la historicidad de occidente.

La entrada de un nuevo elemento en la tradición cambiante del pensamiento, siempre va a generar una transformación en los postulados del presente y en las concepciones del pasado. Esta es una verdad indiscutible a la que están habituados los estudiosos e investigadores. La sorpresa está cuando ese nuevo concepto se ramifica y a la luz de su asimilación en los acontecimientos contemporáneos, empieza a dejar en evidencia los defectos en las construcciones y acciones teóricas del pasado. En pocas palabras, la entrada imprescindible e inevitable de una pieza en el rompecabezas de la civilización, puede ser motivo de una fragmentación de lo que ese mismo rompecabezas busca mostrar. En este caso ese puzzle no es otra cosa que la historia misma de la humanidad.

El vértigo de ese cambio en las concepciones del pasado y el presente, tendría que deleitar a los académicos. Las sorpresas del devenir histórico deberían ser recibidas con aplausos, porque una vez más demuestran que no deberían existir absolutismo de ninguna naturaleza y que los teóricos, se tienen que comprometer a hacer postulados flexibles que no se quiebren a la primera contradicción o al primer choque con un cambio en el rumbo social. Lo que se pretende mostrar es lo emocionante que significa la aparición del término posverdad para entender que las raíces, hábitos y la historia, tal como se cuenta, está cimentada sobre bases pretenciosas, con un sistema de autodefensa que hasta hace unas pocas décadas se ha podido penetrar y refutar con argumentos y evidencias de sobra, aunque los tradicionalistas del pensamiento lo deslegitimicen.

II

“La posverdad consiste en la relativización de la veracidad, en la banalización de la objetividad de los datos y en la supremacía del discurso emotivo” (Zarzalejo, 2017), esa banalización de la que se habla no es caprichosa, ni surge del azar. Nos encontramos en la era del refrito, en la que se originan procesos de deformación intertextual a la velocidad del parpadeo, para atender la voracidad de los consumidores, que no quieren verdades absolutas o productos imperecederos (entiéndase qué producto aquí, no es sólo un objeto, sino también discursos, acontecimientos y teorías). En la negación de los procesos complejos, sea cual sea su naturaleza, se construye un juego oscuro de oferta y demanda, en el que unos pocos enterados, crean las reglas de juego por las que transitarán las percepciones e intuiciones de los consumidores-ciudadanos. El desenfreno de tendencias por segundo, le hace creer al público que es libre de escoger en un mercado de posibilidades ideológicas, cuando en el

fondo son las viejas mentiras contadas con nuevos maquillajes, siempre a la altura de los nuevos contextos (contextos-refritos de las viejas posverdades).

En esta reacción en cadena hay dos elementos fundamentales que hay que tener en cuenta. Primero está el uso de la palabra, como motor de todo proceso humano. Con ella se monta y desmontan imperios, pero debe existir un consenso que permita su dominio sobre la conducta de los hombres. Cuando ese consenso le concede libertad, aparecen las estrategias discursivas que sin importar la ideología o el producto que se quiera vender, hacen apología a lo que corresponde, a través de la persuasión, que en palabras de Álvaro Díaz (1986), es un “acto discursivo intencional encaminado a lograr una acción o una determinada línea de conducta en un destinatario (persona o grupo) apelando más a sus emociones, deseos, temores, prejuicios y todo lo relacionado con el mundo de los afectos, que a su raciocinio”. Esta definición deja claro el alcance del acto persuasivo, tanto que, si lo miramos bien, esa misma definición podría dar cuenta de qué es la posverdad o cuáles son sus intenciones y alcances.

El poder de la palabra está representado por las instituciones que lo revisten de legalidad, de elemento imprescindible para estar a la altura de las circunstancias. Tanto es el valor que tiene la palabra en todos los círculos sociales, que se ve ella, un elemento redentor para describir y esclarecer cualquier hecho. En esa idea ingenua de ver en todo discurso bien construido y aceptado por las instituciones, una manifestación mesiánica, la posverdad adquiere fuerza y se impone de maneras desconcertantes, causando “una forma de control social en la que se manipula el comportamiento de determinado individuo o grupo social” (Díaz, 1986). Es curioso que estas palabras de Álvaro Díaz no se refieran a la posverdad, sino a la persuasión, pero quedan como anillo al dedo dadas las circunstancias.

Uno de los poderes de la *post-truth*, radica en dar la sensación a los individuos de que eso que afirma, es lo que ellos necesitan y quieren escuchar, es decir, juega con un sistema ambiguo de complacencias, donde los que participan piensan que son libres de escoger creer o no creer, practicar o no practicar cualquier tipo de comportamiento. La trampa de esto radica en que la creación de la posverdad se da con unos intereses muy específicos que casi siempre apuntan a exaltar algo que no debe ser exaltado o a invisibilizar algo que no debe ser invisibilizado. La cuestión es que se venden como verdad, las opiniones, pasiones y desaciertos de la ideología de un grupo o un individuo.

Esa tendencia o apogeo de la posverdad en este siglo, se ha dado gracias al consumo vertiginoso de las tecnologías, específicamente de las redes sociales, en las que solo hay unos segundos para asimilar cada contenido. Esos pocos segundos son los que se necesitan para que desaparezcan todos los filtros críticos y casi se conviertan en axiomas esas informaciones carentes de objetividad y construidas desde una emotividad manipuladora.

En segundo lugar, tenemos el establishment que desde su posición crea las dinámicas para que la expansión de una idea tenga la acogida que se necesita. Su dominio de lo mediático es la plataforma definitiva para jugar con las emotividades, imponiendo comportamientos que normalicen conductas que en otro momento de la historia hubieran sido imposible de implantar con la facilidad del presente.

Hablar de establishment es hablar de posverdad y viceversa, precisamente porque lo que mantiene el orden y la jerarquía es la manipulación de las necesidades, un dominio absoluto de la oferta y la demanda de ideologías, según la necesidad del momento. Cuando se habla de establishment, se piensa en la política, que indudablemente lleva la delantera, pero instituciones como las ciencias exactas, las humanidades, el arte y la economía, están teniendo un papel importante, casi invisible, en la construcción de las posverdades del nuevo

milenio. Precisamente muchas posverdades se legitiman desde la academia y su armazón conceptual, que en ocasiones se pone al servicio de unos intereses específicos.

III

La revisión de las dinámicas contemporáneas a la luz de la posverdad, ha hecho que las miradas se dirijan al pasado y se analicen las distintas interpretaciones de los acontecimientos históricos. El resultado ha sido sobrecogedor y en parte de un profundo dramatismo. El visitar ciertos hechos y teorías del pasado, ha arrojado como conclusión, que la construcción de la historia es un juego de omisiones, en los que los grupos poderosos deciden qué elementos serán tenidos en cuenta y las maneras en cómo estos serán narrados desde unos círculos muy específicos.

Las verdades que transitan nuestras redes de comunicación en el presente, han hecho que los humanistas empiecen un proceso inevitable de deconstrucción del pasado. Si una de las apologías que se le hacen a la tecnología es la de permitir un contacto directo y vital entre los hombres, sin importar la distancia, y a pesar de eso se han dado fenómenos contradictorios y contraproducentes que han facilitado dinámicas que el humanismo y las ciencias exactas siempre quisieron evitar; es seguro que muchas de las narrativas e interpretaciones de la historia, están cimentadas sobre emotividades y posturas ideológicas de quienes en su momento participaron en la reconstrucción de los hechos.

Con la definición del término posverdad se demuestra que un concepto no sólo transforma su contemporaneidad, sino que define las reglas de juego con las que se va a revisar y reescribir el pasado.

Una preocupación muy profunda en los humanistas, es la de cometer el error de estar repitiendo en sus discursos, los viejos prejuicios y las viejas mentiras como nuevas imparcialidades y nuevas verdades. Ese temor está justificado cuando se revisan las historiografías como las de Jacob Burckhardt en el siglo XIX, que, junto a otros académicos, construyó una idea de Renacimiento que, en muchos sentidos, está alejada de la realidad (su planteamiento dejó mal parada a la Edad Media, presentándola como un período de total oscuridad). El trabajo de deconstrucción de Peter Burke (1987), es interesante porque evidencia otros matices del Renacimiento, imprescindibles para borrar esa idea tan equívoca y cómoda de ese periodo. Por otro lado, está el trabajo de Hannah Arendt en *La crisis de la República* (1972), en la que deconstruye la historia de la guerra de Vietnam, a través de un profundo análisis de los Documentos del Pentágono, mostrando el sinnúmero de contradicciones de este conflicto bélico, que no es como se muestra en las películas. Estos sólo son dos ejemplos en la lista autores comprometidos con develar de la manera más objetiva los hechos de la historia.

Las humanidades, específicamente la historia, debe seguir en ese proceso de replantear sus postulados y sincerarse, bajando de los tronos las historiografías y narraciones que han deformado, limitado y ensombrecido alguno de los hechos en la historia de la humanidad.

(Pos)data o el combate humanista que no culmina

La posverdad es una manifestación con la que se debe lidiar, desde siempre ha acompañado a la humanidad en todos sus procesos. La ventaja es que ese viejo mal ahora tiene un nombre y unas características que permiten distinguirlo. El discernimiento debe entrenarse cada día para estar a la altura de esas trampas emotivas y conceptuales que han

venido a marcar el comportamiento de las sociedades, beneficiando unos pocos privilegiados que quieren contar su versión maquillada de la realidad. El juego de las posibilidades cada día se enriquece con elementos nunca antes imaginados, ni predichos por los oráculos sociales. Las consciencias más atentas e iniciadas podrán hacer frente al influjo de lo que alguna vez solo podía ocurrir en los libros de ciencia ficción: la pérdida de la identidad a favor de los placeres efímeros, pero intensos, que ofrece el nuevo mundo de la velocidad; un mundo construido en sus inicios desde la inocencia y la imaginación, pero que luego al materializarse perdió toda su coherencia. Si la palabra es el principio de toda creación humana (y si se quiere, de toda creación cósmica), la voluntad del académico, del artista, del soñador, es un escudo y una lanza para enfrentarse a las exigencias de una realidad deshumanizada, que pide a gritos no solo la teoría en los claustros, las bibliotecas y los museos, sino el rescate del hombre del común, atrapado en un amasijo de hábitos de los que ni se ha enterado. El reto intelectual de los humanistas en este nuevo siglo, es la acción de revisar la historia, las raíces, para contrarrestar las versiones traicioneras de la verdad y permitir que todos tengan garantías de construirse como individuos en la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Zarzalejo, J. (2017) *Comunicación, periodismo y Fact-checking*. Uno (27), P. 11-13
- Díaz, A. (1986) *La argumentación escrita*. Medellín-Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.
- Burke, P. (1987) *El Renacimiento*. Barcelona-España. Crítica.
- Arendt, H. (1972) *Crisis de la Republica*. Barcelona-España. Taurus